era señoría como Tlaxcalla. Y ordenó Fernando Cortés a los tlaxcaltecas y demás indios amigos que consigo tenía que limpiasen el patio del templo y las calles más cercanas de los cuerpos muertos porque ya hedían.

CAPÍTULO XLI. *Que Motecuhzuma envía a decir a Fernando Cortés que vaya a Mexico y por otra parte le ponen temores, y él se pone en camino y no va por el que los mexicanos le llevaban ni por donde Ixtlilxuchitl le aguardaba; y que los castellanos se le quisieron amotinar, y lo que les dijo*

L CASO SUCEDIDO EN CHOLULLA sonó por la tierra causando gran maravilla; enviaron los señores de Tepeaca a ofrecerse a Cortés con un presente de treinta esclavas y alguna cantidad de oro, con que se confirmaron más los castellanos que dudaban de ir a Mexico en la voluntad de seguir a Fernando Cortés. Y los de Huexotzinco también enviaron un presente de valor de cuatrocientos pesos de oro en joyas, en un tabaquillo de madera, guarnecido de chapas de oro con mucha argentería. Motecuhzuma, que no ignoraba lo que pasaba, con mañas procuraba cuanto podía que Fernando Cortés excusase aquella ida, conociendo que de ella ni gusto ni reputación se le podía seguir y deseaba tener lejos de sí aquella gente extraña. Fernando Cortés, para cuanto se hubiese de hacer, juzgaba que convenía reconocer aquella ciudad, en la cual ya pensaba que era temido con los hechos pasados y fama que corría de la valentía de los suyos; y fue así porque después de esta gran victoria que tuvo en Cholulla, puso grande espanto en toda la tierra que luego corrió por toda ella; y las gentes de ella, admiradas de oír cosas tan nuevas y extrañas, en especial sabiendo que los cholultecas eran vencidos y destruidos en tan breve tiempo, no habiéndoles ayudado en esta guerra su ídolo Quetzalcohuatl, hacían todos muchos y muy grandes sacrificios y ofrendas a sus dioses, pidiéndoles no les sucediese otro tanto a ellos, y con grandes llantos y sentimientos se daban por vencidos de los españoles aun sin haberlos visto; y quejándose de tan súbita desventura levantaban los ojos al cielo sin entender por dónde les viniese tan grande castigo de sus dioses. Y desde entonces vivían con grande cuidado esperando el fin que había de tener la venida de estas gentes barbadas (que así llaman a los nuestros) y escondían sus hijas y mujeres y haciendas en lo más áspero y escondido de la tierra. Dijo (pues) Cortés a los embajadores de Motecuhzuma que no sabía cómo un tan gran príncipe que tantas veces le había hecho certificar que era su amigo procuraba matarle con industria ajena y divertirle su jornada, la cual en ninguna manera pensaba excusar aunque fuese violentamente; y como dijo estas palabras sin la blandura con que solía hablar quedaron admirados; desculpaban a Motecuhzuma; pedíanle que no se enojase; rogáronle que diese licencia a uno de ellos para ir a Mexico, pues el camino era breve y que volvería

presto con la respuesta. El mensajero partió luego; significó a Motecuhzuma el enojo de Cortés y la determinación en que estaba. Volvió dentro de seis días con otro compañero que había ido antes; lleváronle diez mil pesos de oro y mil y quinientas ropas de algodón y mucha comida que le presentaron. Afirmaron con grandes juramentos que el rey no había sabido nada de el caso de Cholulla y que aquellos treinta mil hombres de guarnición eran de Acatzinco y Acatlan, dos provincias suyas y vecinas de Cholulla, con quien tenían confederación y que siempre sería tan verdadero amigo suyo como se lo habían ofrecido y que fuese en buen hora a Mexico; y que si se le había rogado que no hiciese aquel viaje fue por el aspereza y peligros de el camino. De esta respuesta holgó mucho Fernando Cortés porque hasta entonces no la había tenido tan clara. Túvose por cierto que en sabiendo Motecuhzuma la mortandad sucedida en Cholulla y la resolución que tenía Cortés de ir a Mexico dijo que aquélla era la gente que estaba pronosticado que había de sujetar a Mexico; y que encerrándose en el templo principal estuvo ocho días en oración y ayunos y sacrificando muchos hombres, pensando aplacar lo que estaba destinado y que le habló el demonio con el cual solía comunicar sus cosas; y que le dijo no temiese, que los cristianos eran pocos y él señor de muchos y valientes hombres, y haría de ellos lo que quisiese, que no cesase en los sacrificios de hombres, porque no le sucediese desastre alguno; y que procurase tener propicios a sus ídolos Huitzilopuchtli y Tezcatlipuca.

Pareciendo a Fernando Cortés que ya se podía poner en camino, habiendo estado en Cholulla catorce días, compuestas las cosas como convenía, dejando amigos a los de Tlaxcalla con los de esta ciudad, dada licencia y buenos presentes a los de Cempoalla, de los cuales de miedo los más se quisieron volver a sus casas, comenzó a caminar saliendo a acompañarle los señores de Cholulla y con gran maravilla de los embajadores mexicanos que nunca lo creyeron hasta que lo vieron. Y era cosa notable cómo por momentos avisaban a Motecuhzuma de lo que pasaba. Llegando al pie de la sierra preguntó a los embajadores mexicanos y a los de Tezcuco que por cuál camino lo habían de guiar. Y los de Mexico le dijeron que por el volcán y los de Ixtlilxuchitl que por Calpullalpa; y díjoles que si había otro. Ellos respondieron que sí, pero que era fragoso y que no tenían orden de su rey para llevarle por él. Pero Cortés recelándose de alguna mala emboscada no quiso ir por el camino que le aconsejaban los de Mexico sino por el otro que mediaba entre estos dos. Caminóse el primero día cuatro leguas; durmió en unas aldeas de Huexotzinco adonde los castellanos fueron bien tratados; dieron a Cortés un presente de ropa y oro (aunque poco, porque eran pobres por tenerlos Motecuhzuma muy oprimidos y ahora son ricos por la cosecha de la grana y otras granjerías). Otro día, después de comer, se subió un puerto, entre dos sierras nevadas, que tenía hasta la cumbre dos leguas adonde (según el encogimiento de la gente por el mucho frío, pues no podían hablar, ni tener las armas en las manos y por la estrecheza de el sitio) pudieran los enemigos ponerlos en confusión. Descubrieron desde allí las tierras de Mexico, la laguna, con sus

pueblos alrededor que es la mejor vista de el mundo por ser muchos de muy hermosos edificios y muy fértiles, que serían en todas treinta ciudades. Decían algunos castellanos que aquélla era la tierra para su buena dicha prometida y que mientras más moros más ganancias. Otros, que lo miraban más sosegadamente, conocían que iban en gran peligro y decían que era tentar a Dios meterse tan pocos entre tanta multitud de gente, de donde después no pudiesen salir. De aquí nació un motín y alteración oculta; pero el buen ánimo que Cortés mostraba con su industria, a unos animando y a otros dando esperanzas de grandes bienes y a los demás confirmando en el buen corazón que llevaban, lo deshizo. Durmieron una noche en la cumbre de el puerto, adonde estando de guarda Martín López con mucha obscuridad porque descubrió un bulto, encaró la ballesta y queriendo apretar la llave habló Cortés y dijo: ¡ah de la vela!; y si no hablara le matara. Quedó escarmentado para no acercarse para adelante tanto a las centinelas y ésta se tuvo por una de las felicidades que siempre tuvo. Sintieron gran vocería y la guarda mató quince indios mexicanos que creyeron ser espías. Otro día hallaron muchos árboles atravesados en la bajada de el puerto y un gran foso, adonde pudiera estar mucha gente emboscada.

CAPÍTULO XLII. *De cómo Ixtlilxuchitl viendo que Cortés no iba por Calpullalpa, donde le aguardaba, se vino a vista de la ciudad de Tetzcuco para encontrarse con él; y de cómo Fernando Cortés entró en Tetzcuco*

ESPUÉS DE LO DICHO en el capítulo pasado, bajó el ejército a lo llano y alojáronse los castellanos en un lugar muy apacible y seguro de sus ordinarios recelos; y los indios amigos hicieron de presto muchas barracas en las cuales se aposentaron, que serían hasta seis mil los tlaxcaltecas, cempoaltecas, huexotzincas y cholultecas que venían, los cuales para ser diferenciados de los otros que entraban y salían en el ejército, que no eran conocidos, llevaban en sus cabezas coronas o guirnaldas de una yerba, a manera de esparto, y alguna de la gente de Motecuhzuma les dieron aquella noche muy bien de cenar y ofrecieron algunas mujeres a su usanza. Pero como Ixtlilxuchitl, hermano del rey Cacama, que estaba con toda su gente en las fronteras de Calpullalpa, aguardando la llegada de los hijos del sol, vido que mudando de parecer iban por otro camino, hizo mover sus huestes y pasar la sierra y vínose a estotra parte de ella y situó su campo a vista de la ciudad de Tetzcuco para aguardar allí la salida de nuestros castellanos. Estando en este puesto le vinieron mensajeros de su hermano mayor, Cohuanacotzin, que estaba en la ciudad apercibiendo comida y lo demás necesario para si los castellanos pasasen por ella, para ir a Mexico, el cual le enviaba a decir que en todo caso se viesen y dejasen odios pasados, porque no era ya tiempo de andar discordes ni divisos. Holgóse